



# LA OTRA GRAMÁTICA DEL PODER

*Victoria CAMPS*

**Que el siglo XXI será un siglo femenino creo que es una profecía razonable. La presencia de la mujer en los puestos de responsabilidad ha sido difícil y está siendo lenta, pero es imparable. En cuanto a su presencia en los puestos de rango medio, es ya un hecho. La pregunta ya no es tanto, ¿cómo acceder?, sino, ¿qué significado tendrá ese acceso? ¿Qué consecuencias para el futuro de todos, hombres y mujeres, para el futuro de la sociedad? ¿Simplemente en el futuro habrá más mujeres en todas partes? ¿O el cambio femenino será un cambio cualitativo además de cuantitativo?**

**P**odrá distinguirse la política feminista de izquierdas de la de derecha cuando ésta ha acabado por incorporar a sus programas políticos el núcleo de unas reivindicaciones que, en tiempos, fueron progresistas?

En el ámbito de la política las reivindicaciones feministas se traducen en políticas públicas. Y es ahí donde hace

falta que una opción de izquierdas sea innovadora. En estos momentos, la política feminista muestra dos objetivos claros: 1) aumentar el número de mujeres entre la clase dirigente; 2) reivindicar el progreso en cuestiones tradicionalmente feministas: Ley del aborto, formación para las mujeres, prestaciones sociales que descarguen del trabajo doméstico, etcétera. En resumen: un mayor número

de mujeres para resolver los problemas de las mujeres.

En el libro *The Politics of Presence*, la filósofa Anne Phillips habla de ese primer objetivo, más mujeres al poder, calificándolo de «política de la presencia». A su vez, examina los pros y los contras de la sustitución de la «política de ideas», que es la actual y la tradicional, por esa «política de la presencia». Se trata de un cambio que afectaría no sólo a las mujeres sino, en general, a todos los sectores minoritarios o excluidos no ya del reparto de los bienes básicos, sino de la posibilidad de fijar criterios y tomar decisiones precisamente para realizar ese reparto.

El cambio significaría una innovación en el modo de entender la representación. En efecto, la política de ideas, movida por los partidos políticos que son la base de la democracia representativa, se basa en la presentación de un programa. El electorado no se fija tanto en quién le representa, sino en qué hacen sus representantes. Especialmente tiene que ocurrir así cuando el sistema electoral es de listas cerradas, como en nuestro caso. No son personas lo que se vota, sino programas, o ni siquiera programas: se votan partidos. Es un método más intelectual y menos afectivo. Un método quizá propio de una democracia más madura que la nuestra y, sobre todo, más prolífica en ideas e ideas nuevas. Llamar política de ideas a la política actual es, como poco, un eufemismo, puro *wishful thinking*. Pues las

---

***La democracia es un proceso  
de deliberación donde nadie  
lleva la voz cantante  
ni tiene más razón que otro.***

---

plataformas ideológicas se caracterizan hoy precisamente por su sequedad ideológica. Los programas de los partidos son más abstractos que los textos de los filósofos. Se nutren de generalidades que hacen que todos parezcan el mismo. Es difícil pedir cuentas de algo que no llega a concretarse y tiene, sin embargo, el recurso o la excusa de la ambigüedad. Ahora bien, más allá de la esterilidad ideológica, es cierto que el sistema actual favorece la regla de las mayorías, con el peligro de que el sentir y pensar de las minorías —sea cual sea el número que las compone— quede siempre fuera de consideración en la toma de decisiones.

Se trata de un sistema de representación obviamente injusto y parcial en tanto no exista una equidad real en las posibilidades de acceder al título de representantes. Cuando varios sectores no se ven reflejados en la mayoría que sustenta la representación, es muy difícil que el sentimiento, percepción o experiencia «diferentes» de tales sectores se vean representados y, en consecuencia, contempladas por los políticos electos. Tal es la razón por la que la insistencia en aumentar el número de mujeres en el poder parece plenamente justificada. Nadie puede hablar por otro si ese otro u otra vive unos problemas y conflictos que sólo él o ella puede conocer o expresar por haberlos vivido. En definitiva, de no ser las mujeres las que se levantaron para protestar y quejarse de su situación de dominadas, la emancipación de las mujeres no hubiera sido reivindicada nunca por nadie. Pocos fueron los hombres que lo vieron y lo hicieron a lo largo de la historia del pensamiento o de la política, e incluso en tales casos cabe manifestar serias dudas sobre la autenticidad de sus intenciones:

Sin embargo, y volviendo a Anne Phillips, la «política de la presencia» puede tener sus inconvenientes. Ella señala tres:

1) Una política dividida en sectores puede conducir a la «balcanización», esto es, a hacer inviable la cooperación intergrupala, a la pérdida de la cohesión social.

2) Hacer la representación política dependiente de características de grupo mina las bases de la *accountability* o responsabilidad que obliga al representante del pueblo a responder de lo que hace. Se puede pedir cuentas de un programa, pero no de la presencia de unas mujeres que están ahí sólo por el hecho de ser mujeres.

3) La política de la presencia podría tener dificultades para atender cuestiones de interés común, dado que los intereses que los grupos defienden son, por definición, intereses sectoriales, no comunes.

Nadie pone en duda la necesidad de defender con más vigor y empeño a los grupos menos aventajados. En el caso de la mujer, sin embargo, y en países avanzados como el nuestro, donde se han quemado ya varias etapas en el camino hacia la emancipación de la mujer, hay que preguntarse si la lucha cuantitativa en favor de una mayor presencia numérica de mujeres es suficiente y satisfactoria. Si debe ir por ahí y sólo por ahí la política feminista. O si a las mujeres, que ya tenemos nuestra parte de poder, no nos correspondería empezar a liderar otras cosas. Liderar, por ejemplo, un cambio *en la manera de hacer política*: en los modos, en el lenguaje, en las prioridades. Las dudas de Anne Philips sobre las consecuencias de una política de la presencia no deben obviarse. En realidad, lo que ponen de manifiesto es que la presencia mayor de mujeres *ha de ser un medio para un fin*, nunca un fin de sí. Es ya el momento, por tanto, de que empecemos

---

***Debemos ir descubriendo  
nuevas áreas de interés común  
a través de un diálogo  
lo más democrático posible.***

---

a preguntarnos cuál es el fin que debe servir ese medio.

Anne Philips lo hace al proponer como complemento a una política de más mujeres el afianzamiento de la llamada *democracia comunicativa o deliberativa*. Hay que huir del esencialismo propio de los grupos cerrados, pero también hay que evitar exclusiones políticas. Para que no peligre la cohesión social ni los intereses comunes, para que sea posible dar cuenta de lo que se ha hecho, hay que partir de la base de que la democracia es un proceso de comunicación y deliberación donde nadie lleva la voz cantante ni nadie tiene, en principio, más razón que otro. La política es un procedimiento exploratorio cuyo fin es ir acercando posiciones y consensos convenientes para todos.

Si entendemos la política como un simple agregado de intereses, la regla de la mayoría es la única solución: los intereses dominantes son los que vencen. De lo que se trata, en cambio, en una política con clara voluntad de integrar a sectores excluidos, es de *identificar áreas nuevas de interés común*. El interés común no es algo que esté ahí fuera en espera de ser reconocido e identificado, sino algo que debemos ir descubriendo a través de un diálogo lo más democrático posible. Hace falta, pues, que todos participen, que nadie quede fuera. Pero hace falta asimismo que esa participación se proponga una

---

***La pluralidad  
es la política  
de las diferencias  
aceptadas y compartidas***

---

meta por parte también de todos: no barrer simplemente hacia dentro, no hacerse portavoz de los intereses exclusivos del grupo al que represento, sino descubrir los intereses comunes.

La política de la presencia es, así, más una condición y un punto de partida que un punto de llegada. La diferencia es condición necesaria para que la deliberación no sea pura fórmula. «La deliberación importa porque la diferencia *existe*», escribe Phillips. Importa y es imprescindible no sólo para ir acercando puntos de vista, sino para transformarlos: la función de la discusión —observa la misma autora citando a Iris Young— es «transformar las preferencias de la gente» (1). Precisamente, lo que cabe resaltar de la presencia de la mujer en la política es que sea capaz de expresar otros problemas, que esté situada en puntos de vista distintos y no sea víctima del «imperialismo cultural» masculino. Pues «si las nuevas representantes no pueden expresar nada distinto de las políticas de partido existentes, su inclusión se convierte en meramente simbólica».

Ese imperialismo cultural del político varón es el que está definiendo una forma de hacer política plasmada en to-

---

(1) Iris Young, «Justice and Communicative Democracy», en R. Gottlieb, comp., *Tradition, Counter-Tradition. Politics: Dimensions of Radical Philosophy*, Philadelphia, 1994.

das las dimensiones del discurso público. No hay que caer en catastrofismos poco o mal argumentados y afirmar que el modelo en su totalidad es malo y desechable. La democracia tiene disfunciones, pero también ha materializado un progreso. No todo debe tirarse por la borda. Entre otras razones, porque hay que partir de lo que hay para transformarlo: no es posible volver a empezar. Debemos conservar lo bueno adquirido, los valores que hemos ido pergeñando, y descartar en cambio lo que no vale para afianzar la democracia, sino para deteriorarla, enrazerla y restarle credibilidad.

Decía al principio que los objetivos del feminismo político son, en estos momentos, dos. Uno, cuantitativo: más mujeres en el poder. Otro, tradicional: reivindicar cuestiones de mujeres. Al primer punto me he referido ya de la mano de Anne Phillips. Como ella, lo veo más como una condición que como un objetivo final. Lo que hace falta, pues, es avanzar en el segundo punto, el de los objetivos a medio y largo plazo.

Pero también este segundo objetivo ha sido hasta ahora demasiado monotemático: ha ido dirigido a mejorar la situación de la mujer en general, situación que, digámoslo de paso, aún necesita bastantes mejoras. Se trata, sin embargo, de un objetivo que, propuesto así «a pelo» y abiertamente, tiene varios inconvenientes. Al hacerlo suyo, las mujeres acotan, sin proponérselo, su campo de acción y se ven excluidas de otros ámbitos y cometidos. Se las relega a un coto cerrado que, aparentemente, discurre aparte de problemas más generales. Aparentemente, porque no es cierto que los problemas relativos a la mujer sean problemas aparte. Deberían ser vistos como problemas de interés general. Dado, sin embargo, que no es así, que los problemas de las mujeres no merecen tal consi-

deración, es preciso que las mujeres dejen de hacer exclusivamente una «política de emancipación feminista». Deben seguir haciéndola, pero indirectamente, metiéndose más de lleno en la política general y evitando la impresión de querer sustituir «el imperialismo cultural masculino» por un «imperialismo cultural femenino». Es preciso que así sea, en primer lugar, como una cuestión de estrategia, para no verse encerradas en el gueto mujeril. Y, en segundo término, para que se extienda el convencimiento de que no hay problemas exclusivos ni de mujeres ni de hombres, sino que todos los problemas sociales relevantes convergen en las grandes cuestiones que hoy nos preocupan.

De tales cuestiones, una debería llamar la atención en estos del momento: la de evitar y mejorar todo aquello que está perjudicando a la democracia, que frena su desarrollo y que desprestigia a la política. La democracia debería centrarse en dos objetivos básicos: más *participación* y más *publicidad*. No tiene mucho sentido, ni merece mucha credibilidad, una democracia donde el único acto participativo es el de votar, e incluso ahí la abstención lleva trazas no de disminuir, sino de ir aumentando. En canto a la publicidad, desde Kant sabemos que es la condición sin la cual toda decisión pública se hace sospechosa. Las decisiones democráticas deben ser públicas de verdad, deben tener publicidad, que es lo que determina, en definitiva, que sean democráticas.

Lo que digo puedo repetirlo con las palabras de una filósofa, poco querida por el feminismo, pero muy lúcida en sus análisis de la vida política. Me refiero a Hanna Arendt (2). Lo especí-

---

(2) Hannah Arendt, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 1993.

fico de la vida pública, de la vida en común —dice la autora— no es el trabajo —en su doble acepción de *labor* y *work: the labor of our body or the work of our hands*—, sino acción, *vita activa* —o sencillamente, *política*. La acción magnifica la vida humana, que no es sólo biología ni «fabricación», porque implica *pluralidad*. Es la acción de seres que «se reúnen y actúan concertadamente»; en efecto, «la pluralidad es la condición de la acción humana, porque todos somos lo mismo, es decir, humanos, en el sentido de que nadie es nunca el mismo que cualquier otro que haya vivido, vive o vaya a vivir en el futuro». La pluralidad es la política de las diferencias aceptadas y compartidas.

Este poner en común las diferencias —femeninas u otras— es lo que la mujer debería conseguir de y en la política, rompiendo el imperialismo cultural masculino que la política está padeciendo. La mujer debería hacer coincidir la teoría feminista de la emancipación política con la teoría de la renovación o profundización en la democracia. Para ello, lo primero es señalar aquellos vicios que impiden que se dé el pluralismo en la política de nuestro tiempo. Es más fácil decir qué no está funcionando que indicar cuál debería ser el buen funcionamiento. ¿Qué impide que la participación y la publicidad sean, como debieran, constantes de la vida democrática? Sin ánimo de ser

---

***Es necesario evitar  
y mejorar todo aquello  
que perjudica y frena  
el desarrollo de la democracia.***

---

exhaustiva, creo posible señalar por lo menos tres rasgos fundamentales que, hoy por hoy, están siendo obstáculo de una mayor apertura y pluralidad política. Son éstos: el «organizacionismo» de los partidos y las organizaciones políticas, el formalismo y la media verdad. Veámoslos uno por uno.

El primero no es otra cosa que lo que hemos venido en llamar «partitocracia»: partidos convertidos en pura organización burocrática, con fines electorales y con tal cantidad de rencillas internas que a sus dirigentes les resulta prácticamente imposible dedicarse a otras cosas. El perderse en la organización, que es una forma de perderse en el mando, es algo inherente asimismo a la cultura masculina. Concomitante con el poco sentido de la realidad de que suele adolecer la tal cultura. No ocurre lo mismo con las mujeres las cuales, por el contrario, siempre han sido víctimas de su torpeza organizativa. Lo que propongo al respecto no es, por supuesto, prescindir de una organización necesaria, pero sí trivializarla, abandonar esos «aparatos» que se muestran —erróneamente— como imprescindibles para la vida política. Pues de ahí deriva la disciplina impuesta a toda costa, el rechazo de la discrepancia, la magnificación de la disidencia. Los partidos y los grupos políticos deberían ser más abiertos y más flexibles, más dispuestos a escuchar que a hablar. Sobre todo cuando es obvio que no tienen grandes cosas que decir.

---

***El perderse en la organización,  
es decir, en el mando,  
es algo inherente  
a la cultura masculina.***

---

El segundo defecto es el formalismo, quiero decir, el discurso hueco, esa habilidad que consiste en un puro hablar sin decir nada, en pergeñar discursos y parlamentos sin contenido ninguno. Defenderse únicamente atacando sin proponer nada a cambio. El formalismo pone de manifiesto el vacío de propuestas y de ideas. Un vacío del que hay que culpar más a los varones por cuanto han sido ellos los que se han encargado de crear opinión, hacer doctrina, elaborar teorías y escribir tratados, pero que también sentimos las mujeres. La diferencia entre los unos y las otras, sin embargo, está en que a la mujer le cuesta más producir un discurso sin contenido. La mujer es más práctica —no le ha quedado otro remedio— y tiende a ir más directamente al grano; consigue, sin rodeos, llegar antes al mismo sitio. El discurso feminista es más concreto. Al estar más en contacto con la cotidianeidad y con problemas que hay que resolver cada día y como sea, porque no pueden esperar, las mujeres practican una economía del lenguaje más a ras de suelo, pero también más eficaz. Ciertamente todo ello deriva seguramente de la inseguridad que tiene la falta de poder. En público, la mujer se muestra discreta y comedida. El miedo al ridículo de quien no ha sido nunca escuchada ni tenida en cuenta, o de quien no siente ninguna afinidad con los discursos al uso, la lleva a medir más sus palabras y a pensar más en lo que dice. Pero esa reflexión, aun cuando sea fruto de la inseguridad, hoy está siendo más que necesaria.

Un aspecto concomitante al formalismo lingüístico es el exhibicionismo público inherente a la política. Hay un despilfarro del tiempo público que el ciudadano advierte perfectamente y, en cambio, parece pasar inadvertido para el político. Creo que algo tiene que ver esa

actitud y la ceguera respecto a ella con la dedicación profesional del varón. El hombre vive con menos esquizofrenia su vida profesional; siempre se ha identificado con su profesión y ha pensado poco o nada en repartir el tiempo entre la vida privada y la pública. Para ellos, lo público siempre es prioritario, todo lo público está bien, no es preciso ahorrar tiempo en ese terreno. De ahí las reuniones interminables, la sucesión de actos inútiles y la necesidad de estarse exhibiendo a todas horas. Todo forma parte por igual de las obligaciones profesionales. Y, de nuevo, lo formal acaba anteponiéndose a lo sustantivo, que debería ser lo esencial.

Finalmente, la opacidad se refugia hoy en la verdad a medias. La media verdad es un artificio utilizado desde antiguo por el dominador y el poderoso. Platón ya dice en *Las leyes* que la legislación debe ir precedida de un preámbulo que trate de persuadir sobre la conveniencia de la ley. No importa —añade— que el alegato sea falso; será, en cualquier caso, «la mentira mejor empleada». Es cierto que, a veces, es legítimo mentir, o no decir toda la verdad. No obstante, el procedimiento ha llegado a ser tan habitual en política que se ha ganado a pulso el descrédito de la política misma. No digo que las mujeres no sean tan proclives a la mentira y el engaño como los hombres. Pero es igualmente cierto que la mujer ha sido siempre la principal engañada en su relación con el hombre. Sea como sea, el poderoso tiene más facilidades para engañar que el subordinado o dominado. Por lo menos, al acceder al poder sería bueno pedirle a la mujer que no haga suyos los vicios que ese poder siempre ha tenido.

Los tres defectos señalados podrían resumirse en un solo: *la arrogancia*. ¿Y

quién negará que la arrogancia es un atributo típicamente masculino? El arrogante sabe que está por encima, y por lo tanto, no le importa engañar ni perderse en discursos formales y ampulosos pero vacíos, porque el otro, el que sólo escucha, en realidad, no es muy capaz de entenderlos. El arrogante crea organizaciones fuertes para protegerse en ellas. Y desdeña al otro hasta el punto de engañarle y darle gato por liebre utilizando un lenguaje ambiguo, enigmático y críptico para que no se le entienda.

La arrogancia deriva de una «profesionalidad» mal llevada y mal entendida. Más aún cuando repetimos sin cesar que la política debería desprofesionalizarse. Desprofesionalizarse y penetrar en la ciudadanía a fin de que ésta se sienta más escuchada y con mayores ganas de participar, de representar el papel que le corresponde.

¿Por qué pienso que la mujer puede liderar ese cambio y erigirse en portavoz de una visión transformadora de la política? Porque, dado precisamente que aún contempla la política con cierta distancia, creo que tiene más condiciones objetivas que el varón para *ver* (con los ojos de la inteligencia) lo que hace falta y aportarlo. Hace falta que la mujer y los demás sectores históricamente excluidos entren en la vida pública. Para lo cual es preciso asimismo que, desde lo público, se reconozca la importancia y el valor de lo

---

***La política debería desprofesionalizarse y penetrar en la ciudadanía para que ésta se sienta escuchada.***

---

---

***Lo público y lo privado  
deben dejar de ser  
dos dominios diferenciados  
en cuanto a la importancia social.***

---

que siempre fue privado y, por tanto, dominio femenino. Como ha escrito Hanna Pitkin, «las mujeres deberían ser tan libres como los hombres para actuar públicamente; los hombres deberían ser tan libres como las mujeres para criar... Una vida confinada enteramente a menesteres personales y domésticos parece... absurda y pobre, y lo mismo ocurre con una vida tan pública o abstracta que ha perdido el contacto con las actividades prácticas y cotidianas que la sustentan» (3).

Sólo el intercambio de papeles, la mezcla y el mutuo reconocimiento de los ámbitos que hasta ahora han permanecido separados como público y privado conseguirán la revitalización de la política. La «ética del cuidado», propia de la vida privada, puede ejercer una crítica poderosa a la arrogancia masculina, y ser un complemento, a su vez, de una justicia excesivamente abstraída de los problemas reales y cotidianos. La «voz» diferente de la mujer y de los demás sectores discriminados puede enriquecer una interacción comunicativa que suele parecerse más al monólogo que a un auténtico diálogo.

Para citar sólo uno de los problemas graves de nuestro tiempo: uno de los retos de la crisis laboral que padecemos es el cambio en la concepción y el sen-

---

(3) Hanna Pitkin, «Food and Freedom in *The Founder*», *Political Theory*, 12, 1984, pág. 481.

tido del trabajo o de la ocupación profesional. Tendrá que haber —se nos dice— una nueva distribución del trabajo. Lo cual significa una ordenación de la vida menos centrada en el trabajo y más repartida en otros menesteres, como el ocio y los asuntos domésticos y privados. Pues bien, si esto es así, la mujer tiene un papel importantísimo que realizar en ese orden nuevo. La forma en que la mujer ha accedido al trabajo, con sus limitaciones, sus reticencias, incluso sus inseguridades, parece que será el modelo generalizado del trabajo del futuro. A todos, hombres y mujeres, se les pedirá que repartan más sus tiempo, que den menos importancia al trabajo productivo en favor del trabajo reproductivo. La ya vieja propuesta de una «ley de tiempos» tal vez empiece a hacerse realidad de la mano de la crisis laboral y de unas mujeres conscientes de que el trabajo debe empezar a ser entendido de otra manera.

Esto quiere decir, ni más ni menos, que es imprescindible que lo público y lo privado dejen de ser dos dominios diferenciados en cuanto al género y a la importancia social. La invasión, por parte de las mujeres, de la vida pública tiene que verse complementada por una invasión paralela por parte de los hombres de la vida privada. Sin cambio en la vida personal y doméstica no podrá haber cambios en la vida política, ha escrito Carole Pateman (4). Hay que entender que lo privado es político o que lo político es impensable separado de la vida personal y doméstica. Una idea, pienso, que tiene dos dimensiones. La más obvia, y desarrollada por Pateman, es que los problemas de la vida privada

---

(4) Carole Pateman, «Críticas feministas a la dicotomía público/privado», en Carmen Castells, comp., *Perspectivas feministas en teoría política*, Paidós, Barcelona, 1996, págs. 31-52.



—de las mujeres— son también problemas políticos.

Pero no sólo porque las reivindicaciones femeninas hayan venido a ser un elemento desestabilizador de la sociedad y sus estructuras sino, sobre todo, porque lo que la mujer libre reclama apunta a un determinado modelo de sociedad. Cuando la mujer exige guarderías para sus hijos o prestaciones por maternidad, está diciendo que no quiere renunciar a tener hijos, pero quiere tenerlos en unas condiciones que no la discriminen. Cuando la mujer pide más formación para las mujeres sin trabajo, está pidiendo una igualdad de oportunidades más real. Cuando la mujer lucha por la despenalización del aborto, no está pidiendo abortar, sino ser ella quien decida mayormente si el aborto está justificado. Cuando la mujer solicita protección para las familias monoparentales, está diciendo que la familia cumple una función y no debe desaparecer, aunque tenga que revestirse de formas distintas. En suma, no atender políticamente a los problemas tradicionales de las mujeres o de la vida doméstica significa abandonar a la sociedad a un destino derivado sólo del egoísmo y la insolidaridad. Una sociedad en la que, por ejemplo, las mujeres se negarán, con razón, a seguir prestando los servicios que han venido prestando gratuitamente ellas solas durante siglos.

Ese es el primer sentido en que lo personal y doméstico tiene una dimensión política, pero hay otro. La vida privada y la pública no pueden tener reglas y formas de vida radicalmente opuestas. No en una democracia. La cercanía entre las personas en la vida privada hace más fácil las relaciones, permite que haya menos reglas y más libertad, fomenta la cooperación y la participación en torno a problemas y proyectos comu-

---

*En una democracia  
la vida pública y la privada  
no pueden tener  
reglas totalmente opuestas.*

---

nes. En la vida privada —dice Michael Walzer (5)— no cabe el concepto de justicia, porque no es necesario. Es un valor público, no privado. Pero aunque así sea, aunque cada ámbito deba tener sus propios valores, también lo es que la vida pública —y la democracia con ella— se ha ido deshumanizando o atomizando hasta extremos incoherentes con los ideales que se persiguen y se buscan. La ética de la justicia, fría e imparcial, necesita el complemento —no la sustitución, ojo— de la «ética del cuidado», como ha dicho Carole Gilligan (6). En estos momentos, lo que se echa de menos en la vida pública es, precisamente, la incapacidad de unos y otros por cooperar en torno a unos proyectos comunes, o por convivir con una mínima dignidad y buen sentido. La hiperregulación a que se tiende es un síntoma de la falta de principios comunes. El resultado es una democracia decadente e insatisfactoria.

Antes me he referido a los rasgos sobresalientes de esa democracia masculinamente modelada. Corregirlos significa, de algún modo, introducir en la vida pública modelos y actitudes de la vida privada. El pragmatismo, la sinceridad y la transparencia, la desburocrati-

---

(5) Michael Walzer, *Spheres of Justice*, Blackwell, Oxford, 1983.

(6) Carole Gilligan, *In a Different Voice*, Harvard University Press, 1982.

zación y la flexibilidad o apertura organizativa son maneras de hacer más familiares para la mujer. No desprenderse de esas formas al acceder a la vida pública es una forma de acercar lo público y lo privado y beneficiar, por tanto, a la política en general. No sólo porque se corregirían defectos ya inaguantables, sino porque es preciso que la forma de hacer política cambie si queremos que el trabajo productivo y el reproductivo se equiparen más de lo que están equiparados ahora. Hoy por hoy, por ejemplo, la dedicación política que exigen los cargos de responsabilidad es totalmente incompatible con una dedicación privada. A los hombres nunca les importó que así fuera porque la vida privada no les pertenecía ni les importaba. Pero si esa vida privada debe estar igualmente repartida entre hombres y mujeres, hay dos opciones: o bien las mujeres políticas renuncian también a tener vida privada, o bien los hombres la hacen suya y uno y otro ámbito se reparten equitativamente. Ahora bien, ese reparto lleva necesariamente a una modificación de la política pues la superprofesionalización es incompatible con cualquier forma de vida privada.

La mujer es víctima de una esquizofrenia: la que deriva de la necesidad de vivir en dos mundos que se rigen por normas y patrones opuestos. La dedicación a las personas y el cultivo de los sentimientos choca brutalmente con los imperativos de una vida despersonal-

---

***Es imprescindible una política más modesta y más humilde para que la vida pública sea compatible con la privada.***

---

zada y volcada hacia el exterior. El varón, salvo raras excepciones, no ha intentado hacer compatibles ambos mundos: ha prescindido del privado cuando le estorbaba demasiado para su dedicación profesional. Pero ambos mundos deben coexistir porque ambos son necesarios. Una vida profesional menos arrogante y pagada de sí misma, una política más modesta y más humilde, son condición imprescindible para que la vida pública sea compatible con la vida privada. Cuando ambos mundos se vean más mezclados, dejarán de existir problemas exclusivos de mujeres. Y la política ganará prestigio porque se humanizará.

Así, pues, volviendo al principio, una «política de la presencia» como estrategia feminista debe significar algo más que la presencia material de más mujeres en el poder, incluso en el alto poder y en los cargos de responsabilidad. Debería significar la presencia de una cultura, un hacer, no exactamente «femenino», sino diverso, diferente, que haga más compatibles la vida privada y la pública a la vez que impregne a la vida pública de los valores de la vida privada.

Es más, si «la política de la presencia» no significa sólo presencia cuantitativa de mujeres —o de cualquier otro sector discriminado— podrán salvarse los inconvenientes que Anne Phillips considera en su libro.

Primero, la presencia cualitativa, y no sólo cuantitativa, de la mujer en la política no puede desligarse de un programa y unos contenidos. No basta que en el programa general exista un capítulo dedicado a la necesidad —electoralista— de una presencia mayor de mujeres. Esa presencia se hará real en la medida en que las mujeres seamos capaces de lide-

rar propuestas programáticas concretas en el sentido señalado a lo largo de estas páginas.

Segundo, la sectorialización se evitará en cuanto la mujer no acuda a la política con un lenguaje y un cúmulo de problemas erróneamente considerados como propios, sino con el empeño por hacer ver que lo que está en juego con la emancipación de la mujer es un cierto modelo de sociedad y unas cuestiones de interés común, como el futuro de la familia, de la natalidad, de la tercera edad, la concepción del trabajo o del Estado de bienestar.

Finalmente, la temida «balcanización» no se producirá si conseguimos que se entienda la democracia como ese proceso de comunicación y deliberación en el cual las diferencias enriquecen en lugar de dividir y separar. Un elemento que está haciendo difícil esa concepción de la democracia es, precisamente, la política de partidos barriendo, cada uno de ellos, hacia dentro y con una incapacidad total y absoluta para ver algo distinto de los intereses del propio grupo. Mientras eso persista y no sea posible corregirlo, me temo mucho que la política no se recuperará del descrédito que se ha ganado.